

CAPITULO XXIV

DESDE CLAUDIO II Á DIOCLECiano

En este momento retardaba la caída del imperio una sucesión de valientes emperadores. Proclamó el ejército á Marco Aurelio Claudio (24 de marzo de 268) como el más digno de sostener el nombre romano y la dignidad imperial; y su elección fué confirmada por el Senado, quien repite en alta voz que siempre ha deseado por emperador á Claudio ó á un príncipe semejante. Ascendido este ilirio al trono, sin haberlo conquistado con un delito, continúa el asedio de Milán, y acaba por apoderarse de Aureolo, á quien dá muerte á instancias del ejército. Enseguida bate á los germanos que se habían adelantado hasta el lago de Garda. De vuelta en Roma se ocupa en reparar lo mejor que puede los desórdenes causados por las precedentes turbaciones. Deja al Senado condenar á muerte á los amigos y á los deudos de Galieno, y después de pronunciada la sentencia les concede indulto.

Avanzando contra los godos, que después de haber talado las provincias, se retiraban por la alta Mesia (269), escribía en estos términos al Senado: «Me hallo enfrente de trescientos veinte mil enemigos: si salgo vencedor, cuento con vuestro agradecimiento; si el resultado no corresponde á nuestras esperanzas, hareis memoria de que el imperio quedó agotado á consecuencia del reinado de Galieno: suya es la culpa y de los tiranos que han desolado nuestras provincias. No tenemos lanzas, espadas, ni escudos. Hallanse en poder de Tétrico las Galias y la España, alma del imperio: y están ocupados los arqueros contra Zenobia. Por poco que obtengamos, atendida nuestra situación, será mucho.»

A los pocos días pudo escribirle nuevamente: «Hemos derrotado á los godos y destruido su escuadra de dos mil buques: el campo está cubierto de cadáveres y de escudos; y hemos hecho tantos prisioneros, que á cada soldado le han tocado en el

reparto dos ó tres mujeres.» No se necesitaban victorias menos insignes para fijar la vacilante república: pero apenas había reinado Claudio dos años, cuando le arrebató la vida una epidemia. Decretóle el Senado los honores divinos (270), y mandó colgar en el salón de sus sesiones un escudo de oro con su efigie; erigióle el pueblo dos estatuas, una de oro y de seis pies de altura, otra de plata y de peso de mil quinientas libras. Su hermano Marco Aurelio Quintilo fué llamado con unánimes voces á sucederle, pero á los diecisiete días se suicidó ó fué asesinado por las tropas.

Aureliano.—Domicio Aureliano fué proclamado sucesor suyo (270). Nacido en Panonia en condición obscura, había dado tantas pruebas de valor y de fuerza, que los soldados le designaban con el nombre de *Manus ad ferrum* y repetían en su obsequio canciones con el siguiente estribillo: *Mil, mil, mil mató*, pues corría acreditado el rumor de que había derribado con su espada en diferentes combates á novecientos cincuenta enemigos. Los godos que se habían librado de la última derrota, pusieron coto á su propia arrogancia y le pidieron la paz; concediósele de buen grado, atendido á que los alemanes, los yutongos y los marcomanos amenazaban la Italia: hasta penetraron en ella á pesar de sus esfuerzos, y habiéndole derrotado cerca de Plasencia se encaminaron en derechura á Roma. Entonces llegó á su colmo el espanto; se consultaron los libros sibilinos, y el emperador en persona se quejó al Senado de que se procediera muellemente al cumplimiento de los ritos religiosos: *Pués qué, decía, ¿os habeis congregado en una iglesia cristiana, y no en el templo de todos los dioses? Examinadlo, y sabré hacer que os suministren cualquier gasto, cualquier animal ó cualquier hombre que exijan los libros sagrados.* Procesiones de sacerdotes vestidos de blanco, enmedio de coros de virge-

nes y mancebos, recorrieron la campiña, ofreciendo sacrificios místicos y reanimando el valor de los romanos. Aureliano, que había rehecho los vestigios de su ejército, batió á su vez á los bárbaros cerca de Fano, y acabó de exterminarlos en otros muchos combates. También derrotó á los vándalos que habían atravesado el Danubio, y los obligó á entregarle en rehenes los hijos de sus dos reyes (271). No obstante, como apetecía más una ventaja efectiva que una apariencia seductora, abandonó las conquistas hechas por Trajano allende el Danubio; y declarada independiente la Dacia, prestó al imperio eminentes servicios, ora acostumbrando á los bárbaros á la agricultura, ora repeleándolos, mientras que la Dacia de Aureliano, como se denominó á la Mesia, recibió á los que habían sido arrojados de aquella.

Al volver á Roma halló tal desorden en todo, que hubo de apelar á las más rigurosas medidas. Muchos senadores fueron condenados á muerte por ligerísimas acusaciones, desprovistas hasta de pruebas. Después se ocupó en reparar las murallas de la ciudad, dándoles un desarrollo de veintiuna millas. Si tamaña extensión lisonjeaba el orgullo romano, humillábalo la idea de que la capital del imperio estaba reducida á atender á su propia seguridad con el auxilio de baluartes. Aureliano restableció la disciplina (1) y castigó severísimamente las más insignificantes faltas de los soldados. Habiendo violado uno de ellos á la mujer de su huésped, hizo que le ataran á dos árboles inclinados con fuerza tal, que al volver á levantar sus ramas le dividieran en dos pedazos. Por eso cantaba la soldadesca: *Este ha derramado más sangre que vino ha bebido cualquiera otro.* Por otra parte hacía que la disciplina fuera menos pesada, sujetándose él mismo á sus prescripciones. Ageno á toda especie de fausto, prohibió á su mujer gas-

tar vestidos de seda, porque se vendían á precio de oro (2).

Zenobia.—Luego que lo preparó todo para la paz y para la guerra marchó contra Zenobia. Apenas fué la viuda de Odenato reina de Oriente, se creó para ella una genealogía, haciéndola descender de los Tolomeos; y efectivamente era vástago de una ilustre familia: entendía el latín, el griego y el egipcio; sabía historia y se ocupaba en escribirla. Además había aprendido á discutir sobre Platón y Homero en la escuela de Longinos. En la caza competía con su esposo, en la guerra con los más insignes capitanes. Hizo que vistieran la púrpura sus tres hijos Hereniano, Timolao y Valbalates; asociados al imperio les hizo abandonar el idioma griego por la lengua latina, y gobernó cinco ó seis años en calidad de tutora. Alternativamente grande en la guerra y eminente en el gobierno, prudente en el consejo, firme en sus resoluciones, admirablemente generosa, exenta del amor y de las demás pequeñeces que deshonran las cortes femeninas, unas veces rivalizaba en magnificencia con los monarcas persas y se hacía adorar como ellos reclinando en tierra la frente, otras con el casco del soldado y el manto imperial, marchaba á la cabeza de las tropas á escape, en un caballo ó en un carro de guerra. De vez en cuando daba banquetes, y á estilo de los Césares, bebía con los oficiales del ejército y con los embajadores de Persia y Armenia.

Habiendo quedado, en virtud de la derrota de Heracliano, dueña de la Siria y de la Mesopotamia, se había aprovechado del momento en que Claudio combatía contra los godos para enseñorearse de Egipto. Se había sometido á su ley gran parte del Asia, y fijaba sus ojos en Bitinia.

Resuelto Aureliano á detenerla, entró en esta última provincia (272) y después en la Capadocia; habiéndole opuesto resistencia Tiane, juró exterminar allí hasta los perros. Pero habiendo caído la ciudad en su poder por traición de Heraclamón, dijo que se le había aparecido Apolonio, el famoso taumaturgo tianés, prohibiéndole que maltratara á sus compatriotas. En su consecuencia intimó á sus soldados no saciar su rabia sino en los perros de la ciudad y en Heraclamón, que había entregado á su patria.

Encerrada Zenobia en Palmira, empleó Aureliano contra los de esta ciudad todas las máquinas de guerra conocidas, pero los sitiados se defendían con heroísmo. *Es increíble*, escribía el emperador, *la cantidad de dardos y de piedras que hacen llover sobre nosotros sin treguas ni reposo; pero confío en los dioses que han secundado siempre mis empresas.*

Zenobia aguardaba socorros de los persas y sarracenos; mas los primeros fueron copados en su marcha, y los otros sobornados: entonces resolvió

(1) Sobre este punto descendía á los más ínfimos pormenores, y lo testifica la siguiente carta dirigida á uno de sus tenientes: «Si quieres ser tribuno, y aún si en algo estimas tu existencia, manten á tus soldados dentro del círculo de sus deberes. Ninguno de ellos robe gallinas, ni ovejas de otro; prohibáseles hurtar uvas, echar á perder los sembrados, exigir á los habitantes aceite, sal, leña, debiendo contentarse cada cual con lo que el príncipe le suministra. Deben regocijarse los soldados del botín hecho sobre el enemigo, no de las lágrimas de los subditos romanos. Tengan todos bien limpias y relucientes las armas, estén las espadas con buen filo y corte, y bien cosido el calzado: reemplacen vestidos nuevos á los que estén ya muy usados; depositen la paga en sus bolsillos y no en las tabernas. Lleve cada cual su anillo, su collar, su brazaletes, y no los venda ni malgaste su precio. Cúidese de que limpie el caballo y la acémila que lleva el bagage, y el macho común de la compañía, y de que no se venda la avena que les está destinada. Ayúdense unos á otros, como si fuesen siervos; nada les cuesta el médico que tienen; no gasten, pués, su dinero en consultar á los adivinos. Vivan constantemente en sus alojamientos, y si se quejan, castígueseles con buenas palizas.»

(2) *Absit ut auro fila pensentur; libra enim auri tunc libra serici fuit.* VOPISCO, en la *Vida de Aureliano.*

ir personalmente á reclamar de nuevo la ayuda de los persas. Pero en el momento en que, á favor de la noche, se escapaba con sus tesoros montada en un dromedario, fué alcanzada por Aureliano, y quedó en su poder en calidad de prisionera. Cuando le preguntó cómo siendo mujer había osado resistir á los emperadores romanos, respondió ella que le reconocía por Augusto, pero que no había creído á Galieno ni á los demás dignos de tan gran nombre.

Palmira logró ser perdonada entregando sus riquezas: sin embargo, muchos de los que habían ayudado á la reina fueron anegados ó degollados, entre otros el filósofo Longinos, maestro de Zenobia. Desde entonces la amistad de Aureliano fué solicitada á porfía por los blemos, oxumitas, árabes, bactrianos, iberos, sarracenos, albaneses, armenios, y hasta por los etiopes, indios y chinos.

Mas apenas se había puesto el emperador en camino, supo que los de Palmira, levantando otra vez la cabeza, habían asesinado al gobernador y á la tropa que guarnecía la plaza. Retrocede entonces, y cayendo sobre ellos antes de que tengan espacio de organizar la defensa, mata á sus moradores, sin distinción de edad ni sexo y destruye la ciudad.

Ruinas de Palmira.—Tan completamente desapareció el nombre de Palmira de la historia, que hasta se ignoraba en Europa su existencia cuando oyendo unos mercaderes ingleses en Alepo (1690) contar á los beduinos las maravillas de los inmensos escombros hacinados en el desierto, quisieron juzgar por sí mismos de lo que había de cierto en aquel relato. Despojados de todo en el camino la vez primera, y detenidos en el viaje, volvieron á la carga, y entonces descubrieron los vestigios de aquella ciudad prodigiosa, y publicaron su existencia. No vieron los europeos en todo aquello más que una ficción brillante, hasta el momento en que dos ingleses, Dawkins y Wood, ordenaron la descripción y los dibujos exactos de aquellas magníficas ruinas, que se extienden en un espacio de cinco mil setecientos setentidos metros, y superan en su sentir á cuanto poseen Italia y Grecia (3). Alzase un hermoso arco de triunfo en una plaza donde desembocan tres calles, cuya longitud total no baja de dos mil doscientos veintinueve metros; pórticos ornamentados con estatuas é inscripciones; mil cuatrocientas cincuenta columnas, de las que todavía hay en pie ciento veintinueve, las guarnecían por ambos lados: dos de estas columnas se elevan á veinte metros, y su basamento supera la altura de un hombre. Aquellas mutiladas cañas, de las cuales conservan algunas un fragmento de arquitrabe, sin un solo muro macizo, cortan de una manera singular el horizonte sin límites del desierto. Conducen los pórticos á

(3) Ruinas de Palmira. Londres, 1753.—Ruinas de Balbek. Londres, 1757.

magníficos sepulcros contruidos en forma de torres cuadradas de cuatro y cinco cuerpos, de marmol blanco, con figuras y arabescos de relieve. Se atribuyen á los primeros siglos de la era vulgar aquellas admirables construcciones de ejecución y de estilo, á pesar de la profusión de ornamentos debida al genio oriental. Lo más notable que ofrecen es el templo del sol, con su atrio de seiscientos setentinueve pies cuadrados, rodeados de trescientas sesenticuatro columnas en doble hilera, de quince metros y medio de altura, y un metro y cuarenta centímetros de diámetro. En medio está el templo, cuya fachada tiene cuarentisiete pies, y los lados ciento veinticuatro: en rededor se descubre un peristilo de cuarentiuna columnas de marmol blanco, de más de dieciseis metros de altura. Arquitraves, cornisas, techos, puertas, están cubiertos de esculturas maravillosas, de elegantes proporciones y de un dibujo perfecto, aunque son demasiado lujuriantes. Adiciones posteriores indican que ha servido para el culto de Cristo, y luego para el de Mahoma.

Balbek.—No podríamos alejarnos de estas ruinas sin decir algo de las de Balbek ó Heliópolis. Todavía se ven dos templos de treintiocho metros sobre treintisiete, y de noventa y seis sobre cuarentisiete, con un recinto de doscientos noventa y nueve de longitud sobre ciento treintiseis de anchura, un gran pórtico, un vasto patio octógono y otro rectangular con una galería. Aún se halla en pie un grupo de seis columnas corintias: tienen diecinueve metros de altura y siete de circunferencia: las diferentes piezas están unidas con tanta solidez, que no se han desprendido muchas de ellas ni aún después de haber caído. Pedruscos que cuentan hasta once metros de longitud y tres de espesor, forman un muro, encima del cual hay tres piedras que ocupan cincuentisiete metros: otras piedras pasan de veintitres metros sobre cuatro, es decir, que tienen más volumen que el de un obelisco. Nada sabemos de esta ciudad, que debió también su prosperidad al comercio y al tránsito de las caravanas, sino que su estado era floreciente en tiempo de los Antoninos.

¡Y todo esto en medio del desierto, donde no existe una sola cantera! Pero los habitantes de aquellas ciudades, que carecían de territorio, quisieron herosear su patria en testimonio de cariño, á semejanza de los de Venecia, de Génova y Pisa. ¡Oh qué impresión experimenta el viajero cuando en medio de aquellas inmensas arenas donde no encuentra ni una choza, ni un árbol, descubre delante de sus ojos la ciudad de poético nombre, que debía al comercio una existencia tan activa, transformada en vasto sepulcro por la espada de Roma! Ahora ocupan treinta ó cuarenta familias cabañas de barro en el recinto del templo de Palmira: están rodeadas de majestuosos vestigios, sin que investiguen su origen ni comprendan su majestad. Volney exhalaba al frente de aquellas ruinas sus

desgarradoras elegias, presentándonos los pueblos como una mísera raza que se eleva, crece y sucumbe al acaso, juguete constante de la fuerza y de la impostura.

Egipto.—También se había sublevado Egipto á consecuencia de los manejos de un tal Firmio de Seleucia, el cual había adquirido tantas riquezas traficando con los árabes, los blemos de la Etiopía y los indios, que según se decía, estaba en disposición de mantener un ejército, solo con el beneficio que sacaba del papiro y de la cola. A fin de auxiliar á Zenobia tomó el título de Augusto, y estorbó la exportación de granos, lo cual ponía á Roma en grande apuro (273); pero habiendo caído sobre él Aureliano con su presteza y ventura acostumbradas, le envió al suplicio, y encaminóse en seguida hacia Europa con intención de recuperar la España, la Galia y la Bretaña, arrancándolas del poder de Tétrico. Este que en el transcurso de seis años había más bien obedecido que mandado á las tropas turbulentas, se presentó á rendírsele espontáneamente; y de este modo después de trece años volvieron á quedar incorporadas estas provincias al imperio (274).

Triunfo de Aureliano.—El triunfo de Aureliano fué pomposo como el que más. A la cabeza marchaban veinte elefantes, cuatro tigres con doscientos animales de los menos comunes y más curiosos del Oriente y del Mediodía; veíanse luego mil seiscientos gladiadores destinados al anfiteatro. En pos seguían los tesoros del Asia y de la reina de Palmira con excelente orden bajo apariencias de confusión: por último, estandartes, cascos, escudos y corazas sobre una infinidad de carros. Tanto por su extraña fisonomía como por la singularidad de su traje, llamaban la atención los embajadores de las naciones más remotas, etiopes, árabes, persas, bactrianos, indios y chinos. Productos de todas las comarcas, y coronas de oro, ofrecidas al emperador en señal de gratitud por las ciudades, atestiguaban la obediencia y la adhesión del mundo hacia aquella Roma que se encontraba á la sazón al borde del sepulcro.

Detrás iban largas filas de godos, vándalos, sármatas, alemanes, francos, galos, sirios, egipcios encadenados, diez guerreras godas cogidas con las armas en la mano y denominadas amazonas: después aparecieron asimismo en este triunfo el emperador Tétrico y la reina Zenobia; el primero con las bragas de los galos, el manto de púrpura y la túnica amarilla, acompañado de su hijo y de los cortesanos galos: la reina de Oriente cubierta de pedrerías, de cadenas de oro en las manos y el cuello, sostenida por esclavas persas, seguida del magnífico carro que había mandado preparar para subir triunfalmente al Capitolio, y de otros dos carros no menos lujosos, el de Odenato y el de un rey persa. Conducía al cuarto carro á Aureliano, tirado por cuatro ciervos (renos?), arrebatados á un rey godo. Senadores y ciudadanos ilustres cerraban la comitiva, que se adelantaba á compás de alegres

aclamaciones. Juegos del circo, representaciones escénicas, luchas de gladiadores y de fieras, nauquias, coronaron la fiesta é hicieron aquella solemnidad memorable.

Aunque el ejército había pedido á voz en grito en Siria la muerte de Zenobia, conservando Aureliano su existencia, le cedió en los alrededores de Tivoli tierras considerables para que viviera de un modo correspondiente á su categoría: estableció á sus hijas, y confirió al único hijo que había sobrevivido, un pequeño principado en la Armenia. Por lo que hace á Tétrico, le otorgó el título de colega y el gobierno de la Lucania.

Con la idea de aplicar remedio al desenfreno de las costumbres, promulgó entonces leyes contra el adulterio y el concubinato, que no fué lícito sino con las mujeres de condición servil. Castigaba severamente á sus esclavos y á sus libertos, y los entregaba al magistrado ordinario, si cometían un delito. Erigió en Roma un templo al sol, resplandeciente de metales preciosos y de perlas, con vasos de oro del peso de quince mil libras. Adornó el Capitolio y otros templos con los donativos recibidos de los príncipes extranjeros, y señaló rentas para los sacerdotes y para el culto. Distribuía al pueblo carne de cerdo, además del pan y el aceite, y aún quería agregar á esto el vino; pero el prefecto del pretorio le hizo observar que si lo concedía, como pensaba, acabaría la muchedumbre por exigir gallinas. Determinó la cantidad de trigo, papiro, vidrio y lino que tendría obligación de suministrar anualmente el Egipto. Después de haber perdonado todas las deudas contraídas por los particulares con el tesoro, publicó una amnistía general para los delitos de Estado. Mas vino á despertar el carácter severo de Aureliano un levantamiento excitado por la reforma del sistema monetario, ignorándose en qué consistía ésta, y aquel fué difícilmente ahogado con torrentes de sangre. Fueron senadores especialmente los sepultados en calabozos y enviados al suplicio. Desde entonces su soberbia no reconoció más derecho que el de la cuchilla, y trató al imperio como país conquistado.

Muerte de Aureliano.—Así el Senado llegó á profesarle un odio igual al amor que le tenía el ejército: y sin embargo, en el seno de éste fué donde encontró la muerte. Como se aprestara á vengar á Valeriano sobre la Persia, Mnesteo, su liberto y secretario, á quien había amenazado con motivo de algunas extorsiones, previno el castigo, enseñando á los principales oficiales del ejército una falsa lista de proscritos, y persuadiéndoles de que dieran muerte al emperador para evitar la suya propia. Con efecto, fué asesinado por sus guardias entre Heraclea y Bizancio (enero de 275). Cuando se reconoció ser falsa la lista que había causado su muerte, echaron los conjurados á Mnesteo á las fieras, y erigieron un templo al restaurador del imperio. Es verdad que durante los cinco años de su reinado cicatrizó Aureliano las llagas de que había sido única causa la indolencia de Galieno; repelió

á los bárbaros de Italia; restituyó su unidad al imperio; recibió el homenaje de Hormisdas, sucesor de Sapor, y si no permite que se le cuente entre los buenos príncipes su rigor excesivo, fué uno de los más útiles en una época en que solo la espada podía salvar á un imperio fundado también por la espada. En un principio había tolerado á los cristianos, si bien tenía en la mente su exterminio cuando la muerte le llamó á cuentas.

Avergonzados los principales oficiales de haberse manchado con la sangre de Aureliano, no se atrevieron á darle sucesor: de consiguiente, escribieron al Senado para que escogiera un príncipe capaz de substituir en aquellas circunstancias al que había sido muerto, y que estuviese limpio de su asesinato. Marco Claudio Tácito, príncipe del Senado, disuadió á sus colegas de admitir lo que se les proponía por miedo de excitar turbulencias si desagradaba al ejército la elección del Senado. Remitióse, pues, la elección á las tropas, que delegaron nuevamente al citado cuerpo la facultad de elegir. Tres veces se repitió este acto, de manera que el imperio estuvo vacante ocho meses.

Tácito.—A pesar de todo no se resentía la tranquilidad interior de este interregno, pero como los enemigos del otro lado del Éufrates y del Danubio se hacían cada vez más emprendedores, fué proclamado al fin de común acuerdo emperador Tácito (25 Setiembre). Vanamente quiso buscar excusa en sus setenta años, pues fué obligado á «aceptar el cuidado del Estado y del mundo que le decretaba la autoridad del Senado, y que merecía no menos por su alta clase que por sus actos.»

Descendía de Tácito el historiador este nuevo soberano, y mandó que cada año se hicieran diez copias de las obras de su ilustre abuelo. De carácter dulce, admirador de la sencillez antigua, cedió su patrimonio al Estado, declaró libertos á cuantos esclavos había en Roma, y halló en su templanza y en su economía los necesarios recursos para las liberalidades imperiales. Mandó cerrar completamente las casas de prostitución y baños públicos antes de ser de noche: destinó templos y sacrificios á los buenos emperadores, rechazó el testimonio de los esclavos contra sus amos, y prohibió dorar y amalgamar los metales (4). Restituyó sus antiguas atribuciones á los senadores, que llenos de alborozo, hicieron procesiones solemnes y se apresuraron á escribir á todas las ciudades así como á los pueblos aliados, que les dirigieran las apelaciones de los procónsules, dejando de hacerlo al emperador y al capitán de guardias. Ellos fueron quienes designaron los procónsules, y confirieron con tan absoluta libertad las magistraturas, que negaron el consulado á un hermano de Tácito, recomendado

(4) De Claudio II á Diocleciano no se acuñaron monedas de plata, sino de cobre plateado; continuaron las monedas de oro sin liga de ninguna especie, porque el impuesto se pagaba en oro.

por éste á sus sufragios. Por ellos eran sancionados los edictos imperiales, siendo ésta la última manifestación de la autoridad senatorial.

Tácito se concilió el ejército con larguezas y guiándole contra el enemigo; mas, por una parte el rigor del clima, y por otra las turbulentas instancias de los soldados, envalentonados en vista de su índole bondadosa, le arrastraron al sepulcro (abril de 276), hallándose en Capadocia y contando apenas seis meses de reinado.

Probo.—Floriano, su hermano, hizo que le vistieran con la púrpura, y obtuvo la obediencia de las provincias de Africa y de Europa (junio). Pero en Asia se declararon tres legiones en favor de Valerio Probo, y comenzó una guerra civil en que fué muerto Floriano. Probo, natural de Sirmio, reúne todas las cualidades de un buen príncipe; dió pruebas de valor batiendo á los bárbaros que habían invadido la Galia, y rechazándolos más allá del Rin; redujo á los godos y á los persas á la necesidad de solicitar la paz; avasalló los isaurios, diseminándolos en las provincias más distantes; derrotó á los blemos que habitaban entre la Etiopía y Egipto, y aseguró la paz en lo exterior. Había concebido un proyecto más galano que de fácil ejecución, y consistía en desarmar á los germanos, é inducirlos á remitir á los romanos la decisión de sus querellas. Entre tanto mandó construir una línea de defensa contra ellos, no reducida á troncos de árboles y empalizadas, como la de Trajano, sino formando un muro de mampostería, que se extendía desde las inmediaciones de Neustadt y de Retisbona á través de montes, valles, ríos y pantanos, hasta Wimpfen junto al Necker, y llegaba hasta el Rin después de recorrer doscientas millas. Obligó también á los germanos á aprontar cada año dieciséis mil hombres de los más robustos, que repartió en las tropas nacionales: efectivamente, el reclutamiento se hacía cada vez más difícil en las provincias de lo interior y en las poblaciones enervadas de la Italia.

Halló un competidor en Sexto Julio Saturnino (280), á quienes apoyaban los turbulentos alejandrinos, aunque pronto fué vencido y muerto. Próculo se rebeló en contra suya en las Galias: haciendo el corso por mar, á semejanza de sus antepasados, había acumulado tantas riquezas, que pudo armar á dos mil esclavos; mas derrotado por Probo, le hicieron traición los francos. El español Bonoso, que, desde el oficio de maestro de escuela había llegado á ser jefe de la escuadra del Rin, habiendo dejado que la sorprendiera é incendiara el enemigo, se sublevó por miedo del castigo y se sostuvo bastante tiempo: vencido al fin, se quitó la vida. No se había hecho menos célebre en las proezas de Baco que Próculo en las de Venus.

Cuando terminaba la guerra, empleaba Probo á los soldados en trabajos provechosos: así fué como les hizo plantar de vides las colinas de la Galia, de la Panonia y de la Mesia, reedificar más de diez ciudades destruidas y abrir canales. Pero habiendo

manifestado la esperanza de asegurar la paz general en breve, y de pasarse sin soldados, éstos le dieron muerte (agosto de 282). Esta era una catástrofe inevitable, ora se tratara de un emperador despreciable como Galieno, ora de un soberano justo, prudente y respetado como Probo.

Caro.—Proclamaron las tropas á Marco Aurelio Caro, prefecto del pretorio, quien nombró cesáres á Carino y á Numeriano, sus hijos; derrotó á los sármatas en la Tracia, asegurando así la tranquilidad de Italia y de Iliria. Posteriormente pensó en hacer la guerra meditada por mucho tiempo contra los persas, guerra definitiva é indispensable.

Ascendido otra vez Varanes II al trono, había ya invadido la Mesopotamia; más al saber que los romanos se adelantaban hacia aquel punto emprendió la retirada y despachó embajadores á Caro. Halláronle en traje militar y cubierto con un tosco manto de púrpura, comiendo reclinado sobre la yerba un pedazo de tocino con guisantes. Cuando le explicaron el objeto de su misión, les respondió quitándose un pequeño casquete que cubría su enorme calva: *Si vuestro príncipe rehusa humillarse ante los romanos, dejaré la Persia tan desnuda de árboles cual lo está de pelo mi cabeza.*

A fin de que no se creyera que había proferido una inútil fanfarronada entró en Persia (283), víctima á la sazón de las facciones y distraída por una guerra con la India. Ya había tomado á Seleucia y Ctesifonte cuando murió herido de un rayo (enero de 284). Los soldados, que reconocieron en aquella muerte un fatal agüero, obligaron á su hijo Numeriano á alejarse del Tigris, término fatídico de las conquistas romanas. Este príncipe, dotado de insignes prendas, era como poeta superior á todos los hombres de su tiempo, y también figuraba como el orador más elocuente del Senado; pero fué muerto en la retirada.

Desde la Galia, en que había hecho, no sin habilidad, la guerra, tornó Carino á Roma, donde llegó á ser jefe único del imperio. En el espacio de pocos meses tomó por esposas y repudió á nueve mujeres, sin contar el gran número de ellas á quienes deshonoró su lujuria. Pasaba el tiempo en conciertos, en danzas, en placeres obscenos. De orden suya se dió muerte á los amigos, á los consejeros de su padre, á los que podían reprenderle por sus vicios, ó á los que habían sido sus iguales en la vida privada. Orgullosos con los senadores se jactaba de querer distribuir sus dominios á la plebe, á la cual divertía con fiestas, escogiendo entre ella sus favoritos, sus ministros y cómplices á un mismo tiempo, pues descansaba sobre ellos de todos los negocios, hasta del cuidado de firmar los despachos y decretos.

Diocleciano.—Al borde del abismo se entregaba á la ociosidad y á los placeres, pues apenas llegó á Calcedonia de Asia, el ejército con que su padre había combatido á los persas, proclamó emperador á Diocleciano, comandante de los guardias domésticos (5). Este había nacido en Dalmacia de padres oscuros; era valiente en las lides y hábil en los negocios: se mostró amigo del buen saber, poseyendo solo conocimientos militares, y fué enemigo del fausto y de la molición. Como cundieran ciertos rumores de que se habían manchado con el asesinato de Numeriano, juró que estaba limpio de aquel delito; y habiendo mandado comparecer á Aper, suegro del príncipe difunto, dijo: *He aquí el asesino del emperador*, y le hundió la espada en el pecho (6).

Quiso á la vez convencer al ejército que se satisfizo con esta prueba y cumplir con el vaticinio de una sacerdotista druida. Habíale anunciado que sería emperador cuando hubiera dado muerte á un jabalí, *aper* en lengua latina. Desde entonces perseguía á estos animales en la caza, y esta vez, después de haber herido á su antagonista, dijo: *Al fin di muerte al jabalí fatal.*

Se dispuso el ejército á sostener en la guerra civil la inocencia de Diocleciano y la profecía gala, mientras él, á fin de preparar el triunfo, se ocupó en fomentar el descontento entre las tropas de Carino, quedando airoso en su empresa; pues si bien fué vencido en una batalla regular dada á orillas del Danubio, para vengarse un tribuno de un adúltero hirió á Carino con mortal golpe (285); y en su consecuencia se halló Diocleciano dueño del imperio y tuvo la generosidad ó la política de perdonar á los parciales de su enemigo.

En los noventa años transcurridos desde Cómodo á Diocleciano estuvo vacante el imperio veinticinco veces, y veintidos de ellas á consecuencia de la muerte violenta del que ocupaba el trono. De treinticuatro emperadores fueron asesinados treinta por los que aspiraban á sucederles. Dueños de todo, los soldados eran á un mismo tiempo electores y verdugos. Ignórase, pues, qué podían hacer los bárbaros para empeorar semejante estado de cosas.

(5) Los domésticos, introducidos desde poco tiempo, eran una especie de guardias inferiores á los pretorianos y destinados á la defensa particular de la persona del príncipe. Justiniano elevó su número de tres mil quinientos á cinco mil quinientos: hallábanse divididos en diversas *scholæ* y mandados por un *comes domesticorum*, cuyo empleo fué importantísimo en el siglo IV.

(6) La era de Diocleciano ó de los mártires, en uso por largo tiempo en la Iglesia, y todavía entre los coftos y abisinios, data desde el 29 de Agosto de 284, día en que aquél fué proclamado.